



Cuentos para niños que creen en marcianos

Jordi Sierra i Fabra

Ilustraciones
Juan Felipe Sanmiguel

Norma

www.normainfantlyjuvenil.com

Contenido

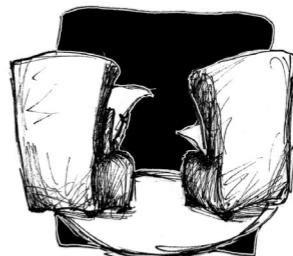


Visitantes galácticos	9
El astronauta perdido	37
El mayor descubrimiento del Cosmos	51
El chatarrero del espacio	65
Haciendo el mono	79
El juego de los planetas	93
Llegaron de las estrellas	105

Visitantes galácticos

1

Cuando Andrés entró en la salita de su casa, papá y mamá estaban leyendo. Ella, un libro; él, el periódico.



Se los quedó mirando un momento, en silencio. Hasta que uno y otra dejaron de leer y lo miraron.

—¿Qué pasa, Andrés? —preguntó mamá.
—¿Has roto algo? —preguntó papá, mucho más directo.
—No he roto nada —se sintió ofendido el niño.
Se produjo un breve silencio.
—Pero quieres decirnos una cosa, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y qué es?

—¿Les recuerda algo el nombre de Trigulia?

Papá y mamá se miraron entre sí. Luego hicieron memoria.

—No —dijo él.

—No —dijo ella.

—¿Nada, nada?

Los dos movieron la cabeza horizontalmente.

—Vaya, creía que como leían tanto lo sabían todo —se quedó perplejo Andrés.

—Pues ya ves que no es así —lamentó papá.

—¿Qué es eso de Triligu... Triguilu...? —frunció el ceño mamá.

—Trigulia —aclaró él.

—Como se llame —fue al grano el cabeza de familia—. ¿Es un futbolista nigeriano?

—Es un planeta que está muy lejos —le aclaró Andrés—. Desde luego, papá...

—Hijo, con ese nombre...

—Está a unos cuantos años luz, en Alpha Centaury.

—¿Lo has aprendido en el colegio, cielo? —sonrió mamá.

—¿Años luz? ¿Alpha Centaury? —papá puso una cara la mar de rara—. Caramba, hijo. Me das boquiabierto.



Andrés suspiró, como si las muestras de desatino paternas le abrumaran.

—Me lo han dicho ellos —aclaró el niño.

—¿Ellos? —dijo papá.

—¿Quién? —dijo mamá.

—Los trigulios.

—¿Los... trigulios? —repitieron los dos, como loros.

—Ya veo que no tienen ni idea —Andrés se dispuso a dar media vuelta para irse de la salita.

—Espera, espera —lo detuvo papá mientras hacía una señal con los ojos a mamá—. Es que nos has pillado... de improvisto.

—Sí, hijo —mamá siguió el guiño de papá—. Es que todo eso de los tri... trili..., bueno, como se llamen.

—Yo les he dicho que pueden quedarse —afirmó Andrés.

—Ah —papá se puso tieso—. ¿Están... aquí?

—Sí, en el desván.

—¿Los trigulios esos que vienen del espacio?

—Sí —repitió Andrés.

Papá empezó a sonreír.

—¿Y cómo te comunicas con ellos? —preguntó.

—Tienen una cosa llamada “traductor universal”. Es una pasada. Pillan cualquier lengua del Universo y aprenden en seguida.

—Vaya, vaya. Interesante —dijo papá.

—Así cualquiera aprende inglés rápido —dijo mamá.

—Bueno, me voy con ellos. Tienen hambre —dijo Andrés.

No se lo impidieron. Así que dio media vuelta y salió de la salita a buen paso.

Papá y mamá se quedaron de nuevo solos.

—Nos sale escritor, seguro. ¡Qué imaginación! —se ufanó ella.

—O guionista de la tele —asintió él—. ¡O de cine!

—Hoy en día con siete años lo que saben.

—Desde luego.

Intercambiaron una última sonrisa de felicidad. Luego mamá volvió a su novela y papá a su periódico, despreocupándose del tema de los tri... triligu... triguli... Bueno, eso.



Mamá entró en la habitación con la bata en el cuerpo y los rulos en la cabeza. Papá se estaba desnudando con aspecto despistado.

—Sigue hablando de los extraterrestres esos —le informó—. Dice que les gusta el jamón, que en su planeta no hay jamón.

—Como tontos —manifestó él.

—Mira que cuando le da fuerte algo...

—Estará dos o tres días con esa historia.

—Pero hay que ver, ¿eh?

—Sí, sí, desde luego. Y no será porque vea demasiada tele.

—No, pero lee mucho, y eso se nota.

—Oye, ¿has visto mis zapatillas de felpa? —preguntó papá.

—Están donde siempre, ¿no?

—No, si estuvieran donde siempre, no te lo preguntaría.

—Pues no sé...

—Qué extraño.

—¿Y para qué quieres tus zapatillas de felpa si vas a meterte en la cama?

—Es que como has hablado de jamón, me han entrado ganas de...

—¡Pero si vas a meterte en la cama! —protestó mamá.

—Bueno, mujer, solo una pizca. ¿Qué pasa?

—¡Eres peor que Andrés! —ella se quitó la bata y se metió en la cama.

Papá no. Papá salió de la habitación, descalzo a pesar del frío que hacía y lo helado que estaba el suelo, y tras bajar a la planta baja se fue a la cocina. Abrió la nevera y tomó la cajita de plástico en la que siempre estaba el jamón.

Vacía.

Habría jurado que...

Regresó a la habitación con cara de extrañeza.

—No hay jamón —dijo.

—¿Cómo que no hay jamón? —puso cara de no creérselo mamá—. Si había un montón.

—Pues ya no está.

Se quedaron mirando el uno al otro unos segundos.

—Andrés no... —vaciló ella.

—Aquí no vive nadie más. Si no has sido tú...

Mamá salió de la cama. Ella sí tenía las zapatillas, porque las llevaba puestas todo el día, desde que llegaba a casa. Volvió a ponerse la bata y, esta vez, papá hizo lo mismo. Los dos se